

MATAR EL TIEMPO

GRANTA

EN ESPAÑOL

Av. Diagonal 361, 2.º 1.ª 08037 Barcelona, España
www.galaxiagutenberg.com/granta | info@granta.com.es

NÚMERO 15: PRIMAVERA 2015

NUEVA ÉPOCA 2

PUBLISHER Joan Tarrida
DIRECCIÓN Valerie Miles y Aurelio Major
REDACCIÓN Lidia Rey
COMUNICACIÓN Disueño Comunicación, S.L.
PORTADA Torre de reloj destrozada tras terremoto
en Italia, 20 de mayo de 2012
© Reuters / Cordon Press

GRANTA EN INGLÉS

PUBLISHER Y DIRECTORA Sigrid Rausing
JEFA DE REDACCIÓN Yuka Igarashi

www.granta.com

GRANTA BRASIL: www.objetiva.com.br | GRANTA ITALIA: www.grantaitalia.it

GRANTA BULGARIA: www.granta.bg | GRANTA NORUEGA: www.gyldendal.no

GRANTA SUECIA: www.albertbonniersforlag.se

GRANTA TURQUÍA: www.grantaturkiye.com | GRANTA CHINA: www.99read.com

GRANTA PORTUGAL: www.tintadachina.pt | GRANTA FINLANDIA: www.grantafinland.fi

GRANTA ISRAEL: www.grantaisrael.com

Primera edición: marzo de 2015

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Depósito legal: 49. 2004

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-33-6

Fotocomposición: Maria Garcia

Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls

Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona

Printed in Spain – Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, además de las excepciones previstas por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o digitalizar fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

- | | | | |
|----|---|-----|--|
| 5 | Tiempos muertos | 101 | <i>Ubi Sunt</i>
9 de diciembre
<i>Javier Marias</i> |
| 9 | ¿Nada es sagrado?
<i>Salman Rushdie</i> | 105 | <i>Ubi Sunt</i>
Flash sobre mi mamá
<i>Aurora Venturini</i> |
| 27 | Autorretrato
<i>Martin Amis</i> | 108 | <i>Ubi Sunt</i>
Breve historia de la muerte
<i>Nir Baram</i> |
| 35 | Diario de un cuento. 1963
<i>Ricardo Piglia</i> | 115 | El murmullo del amor
<i>Seamus Heaney</i> |
| 61 | La hora de Krapp
<i>Anne Carson</i> | 119 | Sultana
<i>Shimon Adaf</i> |
| 75 | Se busca compañía para largo viaje
<i>Ignacio Vidal-Folch</i> | 151 | Signor Hoffman
<i>Eduardo Halfon</i> |
| 82 | Las revenantes
<i>Verónica Gerber Bicecci</i> | 169 | Los años intoxicados
<i>Mariana Enríquez</i> |
| 95 | <i>Ubi Sunt</i>
El barquero ha muerto
<i>Saša Stanišić</i> | 183 | Cartas a Raymond Queneau
<i>Iris Murdoch</i> |
| 99 | <i>Ubi Sunt</i>
Es mi espada del año mil que llora
<i>Victoria Cirlot</i> | 195 | El decimocuarto
<i>Antonio Monda</i> |
-

205 **Extraterrestres**
Guillermo Corral

226 **La gran excepción**
Rachel Kushner

215 **Tiempo de esparcir
piedras y tiempo
de juntarlas**
Sergio Ramírez

236 **Dos tiempos**
Guillermo Cabrera Infante

242 **Colaboradores**

LOS AÑOS INTOXICADOS

Mariana Enríquez

1989

Ese verano se cortaba la electricidad en turnos de seis horas, una orden del gobierno porque el país ya no tenía energía y nosotras no entendíamos muy bien qué significaba eso. Nuestros padres decían que el ministro de obras públicas había anunciado las medidas necesarias para evitar un apagón generalizado en una sala iluminada apenas por un sol de noche: como en un campamento, repetían. ¿Qué sería un apagón generalizado? ¿Quería decir que íbamos a estar a oscuras para siempre? La posibilidad era increíble, estúpida, ridícula. Inútiles, los adultos, pensábamos, qué inútiles. Nuestras madres lloraban en la cocina porque no tenían plata o no tenían luz o no podían pagar el alquiler o la inflación les había mordido el sueldo hasta que no alcanzaba más que para pan y carne barata pero a nosotras no nos daba lástima, nos parecían tan estúpidas y ridículas como la falta de electricidad.

Teníamos una camioneta, mientras tanto. Era del novio de Andrea, la más linda de nosotras, la que sabía cortar los jeans para convertirlos en shorts fabulosos y usaba tops de encaje que compraba con dinero robado a su madre. El nombre de novio no importa, tenía una camioneta que usaba durante la semana para repartir mercadería pero los fines de semana era toda nuestra. Fumábamos una marihuana venenosa traída de Paraguay que cuando estaba seca olía a orina y plaguicidas pero era barata y efectiva. Fumábamos entre las tres y después,

MARIANA ENRÍQUEZ

cuando ya estábamos totalmente locas, nos subíamos a la parte de atrás de la camioneta que no tenía ventanas ni luz alguna porque no estaba pensada para personas, estaba pensada para cargar latas de garbanzos y arvejas. Le pedíamos que manejara muy rápido, que frenara, que girara varias veces alrededor de la rotonda de la entrada a la ciudad, le pedíamos que acelerara en las esquinas y que nos hiciera saltar en los lomos del burro; y él hacía todo porque estaba enamorado de Andrea y tenía la esperanza de que alguna vez ella lo quisiera también. Nosotras gritábamos y nos caíamos una encima de la otra; era mejor que la montaña rusa y que el alcohol. Despatarradas en la oscuridad sentíamos que cada golpe en la cabeza podía ser el último y, a veces, cuando el novio de Andrea tenía que parar porque lo detenía alguna luz roja nos buscábamos en la oscuridad para comprobar si todavía estábamos vivas. Y nos reíamos a los gritos, transpiradas, a veces ensangrentadas, el interior de la camioneta olía a estómagos vacíos y cebolla, a veces también al champú de manzana que compartíamos. Compartíamos muchas cosas: la ropa, el secador de pelo, la cera para depilarnos; la gente decía que éramos parecidas, físicamente parecidas, pero se trataba nada más que de una ilusión óptica porque nos copiábamos los gestos y la forma de hablar. Andrea era hermosa, alta, tenía las piernas delgadas y separadas; Paula era demasiado rubia y cuando estaba mucho tiempo al sol se ponía horriblemente colorada y yo no conseguía tener la panza chata ni que mis muslos dejaran de rozarse –e irritarse– al caminar.

El novio de Andrea nos hacía bajar después de una hora, cuando ya se aburría o tenía miedo de que la policía detuviera la camioneta y pensara que, a lo mejor, llevaba chicas secuestradas. A veces nos dejaba en la puerta de la casa de alguna de nosotras, a veces en la plaza Italia donde le comprábamos a los hippies de la feria artesanal esa marihuana venenosa que se llamaba Punto Rojo. También tomábamos clericó que uno de los hippies hacía en un lata de tomates de cinco litros, con pedazos de fruta grandísimos porque era perezoso y siempre estaba demasiado borracho como para cortar las bananas, naranjas y manzanas en trozos prolijos. Una vez encontramos un

pomelo entero y una de nosotras se lo puso en la boca, como un lechón muerto navideño, y corrió entre los puestos; ya era de noche y las artesanías se iluminaban con un generador que compartían todos los feriantes.

Volvíamos a casa muy tarde, muchas horas después de que la feria cerrara; nadie nos prestaba atención ese verano. La duración de los cortes de electricidad no se respetaba así que pasábamos las noches más largas de nuestras vidas muertas de calor en patios y veredas escuchando la radio, usando pilas y baterías que parecían perder la carga cada vez más rápido a medida que pasaban los días.

1990

El presidente había tenido que entregar el mando antes del final de su periodo y a nadie le gustaba demasiado el nuevo aunque había ganado las elecciones por una mayoría impresionante pero la resignaciónapestaba en el aire y en las bocas torcidas de la gente amargada y de los padres quejosos a quienes despreciábamos más que nunca. Pero el nuevo presidente había prometido que el teléfono no iba a tardar años en llegar una vez que se hacía el pedido: la empresa de comunicaciones era tan ineficiente que algunos de nuestros vecinos esperaban el aparato desde hacía años y, a veces, cuando llegaban los técnicos y lo instalaban, había fiestas espontáneas. Nunca avisaban cuándo iban a venir. Nosotras teníamos teléfono, todas, de pura suerte, y pasábamos horas hablando hasta que nuestros padres nos cortaban gritando. Paula decidió en una de esas conversaciones por teléfono, una tarde de domingo, que teníamos que empezar a ir a Buenos Aires, que podíamos mentir y decir que salíamos de noche en nuestra ciudad, pero en realidad nos tomaríamos el bus que salía los sábados temprano y pasaríamos la noche allá y de madrugada ya otra vez a la estación y a la mañana en casa; nuestros padres nunca se enterarían.

Nunca se enteraron.

MARIANA ENRÍQUEZ

Yo me enamoré del mozo de un bar que se llamaba Bolivia; me rechazó, soy puto re puto, me dijo, a mí qué me importa le grité y me tomé casi un litro de ginebra y si me acosté con alguien más esa noche no me acuerdo. Desperté en el bus de vuelta, ya de día, con la remera sucia de vómito. Tuve que pasar por la casa de Andrea para lavarme antes de volver a la mía. En la casa de Andrea nadie hacía preguntas: su padre estaba siempre borracho y ella tenía llave de su habitación para evitar que él se le metiera de noche. Cuando la visitábamos era mejor quedarse en la cocina, el padre solamente entraba ahí para buscar más hielo para el vino.

En esa cocina juramos que nunca tendríamos novios. Juramos con sangre, cortándonos apenas, y con besos, en la oscuridad porque la electricidad no existía otra vez, juramos pensando en el padre borracho, en qué íbamos a hacer si entraba y nos encontraba sangrando abrazadas; era alto y fuerte, pero siempre caminaba tambaleándose, debía ser muy fácil darle un empujón. Pero Andrea no quería dárselo, era débil con los hombres; yo prometí nunca volver a enamorarme y Paula dijo que nunca se iba a dejar tocar por un varón.

Una noche, cuando volvíamos de Buenos Aires más temprano que lo normal, una chica se levantó de uno de los asientos de adelante de nosotras, se acercó al chofer y le pidió bajar. El chofer frenó sorprendido y le dijo que no tenía parada ahí. Estábamos atravesando el parque Pereyra: en la mitad de camino entre Buenos Aires y nuestra ciudad está ese parque enorme que alguna vez fue una estancia de más de diez mil hectáreas expropiada por Perón a sus millonarios dueños; ahora es una reserva ecológica que parece un bosque algo siniestro, húmedo, apenas entra el sol. El asfalto lo divide por la mitad. La chica insistió. Muchos pasajeros se despertaron: un hombre dijo «pero adónde querés ir a esta hora, querida». La chica, que era de nuestra edad y tenía el pelo atado en una cola de caballo, lo miró con un odio horrible que lo dejó mudo. Lo miró como una bruja, como una asesina, como si tuviera poderes. El chofer la dejó bajar y ella corrió hacia los árboles; desapareció en una nube de tierra cuando el bus volvió a arrancar. Una señora se quejó en voz alta, «cómo la dejan

LOS AÑOS INTOXICADOS

sola a esta hora, le pueden hacer cualquier cosa». Ella y el chofer discutieron casi hasta que llegamos a la estación.

Nunca nos olvidamos de esa mirada y de esa chica. Nadie le iba a hacer daño, de eso estábamos seguras: si alguien podía ser dañino, era ella. No llevaba bolso ni mochila, nos acordamos. Estaba vestida con ropa demasiado veraniega para el fresco de la noche de otoño. Una vez fuimos a buscarla: el novio de Andrea, el de la camioneta, no existía más en nuestras vidas pero había otro chico, el hermano de Paula, que ya manejaba el auto de su padre. No sabíamos exactamente adónde había bajado la chica, pero no era tan lejos del molino —el parque tiene un molino estilo holandés que no produce nada, es una chocolatería para los turistas. Caminando entre los árboles descubrimos senderos y también la casa que alguna vez había sido parte de la estancia. Ahora está recuperada, se puede visitar como museo y hasta se hacen fiestas de casamiento exclusivas pero entonces nada más la cuidaba el guardaparque y parecía contener la respiración entre los pinos, secreta y vacía.

A lo mejor es la hija del guardaparque, nos dijo el hermano de Paula y nos trajo de vuelta a casa riéndose de nosotras, las nenas bobas que creyeron ver un fantasma.

Pero yo sé que no era la hija de nadie, esa chica.